

CACE 2005

10º Concurso de Relatos

La Discapacidad y las Barreras.

Tercer premio: "LOS GANSITOS"

Me gusta contarle a todos mis conocidos la historia de los gansos que leímos y comentamos en mi colegio, que dice que los gansos siempre vuelan en forma de V para ayudarse en su vuelo. Cuando tienen que desplazarse grandes distancias, o cuando emigran a países cálidos, vuelan en esa forma, así que el ganso que vuela en el vértice de esa V hace el peor trabajo ya que es el que mas resistencia encuentra en el aire. Y los otros gansos aprovechan, ya que, colocándose detrás del primero, la fuerza del aire es menor y así pueden volar sin cansarse tanto. Uno a uno se van turnando para ir delante y, de esa manera, si un ganso solo puede volar unos pocos kilómetros al día, todos juntos pueden desplazarse hasta un 71% más.

Al llegar a casa a la hora de comer, les conté la historia de los gansos a mis padres.

- Está claro que los animales son, con mucho, mejores que la mayoría de las personas. -Dijo mi padre.

- ¿Quieres que te cuente otra cualidad de los gansos? - me preguntó mi madre.

- Claro que sí.

- Pues sabes, cuando un ganso enferma o cae herido por un disparo, dos de sus compañeros se salen de la formación, lo siguen para ayudarlo y protegerlo y se quedan con él hasta que está nuevamente en condiciones de volar o hasta que muere.

- Esto me ha hecho pensar que tiene razón mi padre, que deberíamos parecernos un poco más a ciertos animales. Los gansos demuestran que, si

todos nos apoyáramos mutuamente y fuéramos en la misma dirección, llegaríamos más rápido y fácilmente y que, cuando alguien tiene dificultades para hacer algo, tendríamos que ayudarlo y apoyarlo y no dejarlo de lado por miedo a que no nos permita avanzar. Pero por desgracia no somos así; cuando alguien tiene alguna minusvalía, lo apartamos, a veces poniendo todas las barreras posibles.

Ayer seguía pensando lo mismo, así que intenté imaginarme las cosas que no podría hacer si tuviera alguna dificultad física, si estuviera en una silla de ruedas, por ejemplo; porque las dificultades que tendría, si mi problema fuera mental, ya las sé; mi hermano mayor, Manuel, las sufre todos los días.

Salir de casa ya sería complicado, a no ser que mis padres me bajaran, pues mi piso no tiene ascensor, y desde el portal a la calle hay cuatro escalones; las aceras son como dice mi madre, una carrera de obstáculos: baldosas sueltas, pasos de peatones que no tienen rampa, bares y cafeterías que ponen sus terrazas en el medio de la acera, impidiendo el paso, con lo cual si quieres pasar tienes que bajarte a la carretera y luego volver a subir, calles cortadas porque están en obras, semáforos que cambian de verde a rojo tan rápido que casi es imposible cruzar la calle antes de que cambie, coches que aparcan en medio de la acera...

Los coches... eso es otra cosa. ¿Os habéis fijado en la cantidad de veces que los conductores aparcan en las zonas de minusválidos o en medio de los pasos de peatones? ¿O las veces en que, cuando una persona está cruzando y va despacio por alguna dificultad o porque es mayor, tocan la bocina?

¿Y los autobuses? ¿Alguien ha visto en Avilés algún autobús que no tenga por lo menos un par de escalones para subir? Yo no. Y los trenes, igual; no es que sea imposible, pero subir desde el andén a un tren, cuando no se tiene mucha agilidad, o utilizar una silla de ruedas puede ser una "misión imposible".

Le conté a mi padre las cosas que había estado pensando aquel día.

- Me alegro de no tener que utilizar una silla de ruedas. Habría cientos de cosas que no podría hacer. No por mí, sino por la cantidad de problemas que encontraría todos los días y en todas las esquinas.

- Yo también me alegro, preciosa, pero ¿sabes cuál es el problema? -Me dijo, poniendo esa cara que él pone cuando me va a decir algo que seguro me va a hacer pensar por un buen rato.- Que todos, en un momento de nuestra vida, podemos ser discapacitados; aunque sólo sea temporalmente podemos

rompernos un pie o una mano, tener una conjuntivitis que no nos deje ver bien, y de eso no nos damos cuenta y nos estamos poniendo barreras a nosotros mismos.

Pero sí me he dado cuenta de algo: pasara lo que pasara, nunca tendría que dejar de venir a mi colegio. En mi colegio no existen las barreras, no hay escaleras ni desniveles imposibles de superar; para la subida a la clase de arriba hay una rampa y buenos pasamanos a los que poder sujetarse, en el patio, tampoco hay escalones o escaleras para pasar de un patio a otro ni baldosas sueltas o puertas demasiado estrechas. Esto ha hecho que me sienta muy orgullosa de mi colegio.

Y ahora voy a pedir un deseo: que todas las personas nos convirtamos en gansitos, que nos ayudemos y nos apoyemos unos a otros, que esperemos por los que están heridos o no pueden volar bien, porque mañana podemos ser nosotros los que estemos heridos y necesitaremos que nos esperen, que nos unamos para volar todos en una misma dirección y que la meta sea un mundo mejor, donde haya sitio para todos y donde no existan las barreras.

Autora: Beatriz Ramos Urbón

Colegio: Colegio Santo Tomás - Avilés

Curso: 5º